(10) Me ha gustado mucho - sencilla, cercana, muy real.

Bajo piel oscura

Un cisma de luz entre cielo y tierra fue la señal. La amanecida les sorprendió chapoteando sobre blandas olas de sordo rumor que con pereza se deshacían en la playa que abandonaban. Una procesión de bultos vacilantes se dirigió al abordaje del desvencijado cayuco que se mecía suavemente a merced del agua.

Sin cortesía ni miramientos, con órdenes secas y manos duras el patrón iba colocando a los fugitivos acurrucados, insoportablemente pegados unos a otros, en la oquedad estrecha de su navío. Atrás dejaban su tierra, vejaciones y sufrimientos, y un lugar bajo el cielo de los negros. En sus ojos África, en sus pensamientos, Europa.

Imán, una más. Arrebujada en sus amplios ropajes alzó sus ojos por encima de la borda, primero a la costa a modo de despedida, después al brumoso horizonte. Cuando empezó la travesía recogió su cabeza en su regazo y cerró los ojos intentando dormitar, o al menos anestesiarse para no sentir, para no pensar.

Suave batir de olas...

□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□

Negra esperanza bogando
en un mar proceloso ...
Deseo impetuoso
en busca de otra vida,
paraíso tranquilo...

Canto de Sirenas...

□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□

El sol se fue alzando, implacable, sobre sus cabezas, sin prisa pero sin desmayo, en un cielo azul que nadie quería mirar. Horas mortecinas de entumecimiento y creciente mareo acompañados por el ronroneo monótono del motor que los impulsa. Ya en su cenit, el calor se hizo insoportable. El patrón impuso un trago de agua de sus plásticos recalentados. Náusea y pestilencia de vómitos y excrementos. Imán se atrevió de nuevo a otear el horizonte. Cabrilleo dorado sobre azul interminable. Abismo deshabitado de mar y cielo. Una brisa húmeda empapó su cara. ¿Cuántas horas hasta las Islas Afortunadas? ¿Perdidos? No se oye una palabra pero las miradas encogidas interrogan. *¡Tranquilos, muchachos! ¡Todo normal!*

Cayó la tarde y una bruma densa fue cubriendo las aguas que hasta entonces lucían verde turquesa y ahora oscurecían, al igual que la esperanza de los viajeros que tragaban, entre el fuerte mareo, su silencioso desaliento. La cara del patrón no engañaba y sus miradas furtivas al oscuro cielo lo corroboraban. Más de doce horas y aún no se veía tierra firme. Aprovechando al máximo la capacidad de la embarcación, atestada de personas, se había reducido la comida y el agua. Sobrados motivos para preocuparse. Algo había fallado. Mejor lo hubieran intentado por el Estrecho de Gibraltar.

Con la noche como amenaza, sin brújula, había que fiarse de la experiencia del piloto. Algunas estrellas y la luna a la izquierda como guía. Ninguna referencia terrestre. Mareado, debilitado y desanimado, mudo de terror, el pasaje intentaba dormir. Poco habían navegado anteriormente y… quizás esta fuera la última travesía.

Tras la interminable tiniebla, el sol por la derecha: nuevo amanecer. Tiempo indefinido para cuerpos entumecidos que al mediodía toman el último sorbo de agua y las últimas galletas. La reserva de gasolina escasea en el último bidón. Parada angustiosa para dar descanso al motor y, de nuevo, a guiarse por la dorada estela.

Difusas horas pasan hasta que la mansa brisa empezó a arreciar. Con vaivenes en ascenso, la tripulación temblorosa empezó a removerse. Cónclave de miradas tristes. Desaliento y desesperación en aumento bajo máscaras de ébano habitadas por inquietos pobladores. Imán sintió frío. Su frente ardía, y ni siquiera el fresco salpicado marino que el viento le traía en cada embestida de las olas heridas por la proa era capaz de reanimarla.

...vio al patrón en la playa; desnudo venía hacia ella, quería oponerse pero no podía; acto horroroso sin amor ni placer; pago a cuenta. No bien superada la angustia, de nuevo, alguien se acercaba; una mujer anciana; llevaba una cuchilla en la mano; otra vez piernas abiertas y dolor en su sexo. Sonreía con sus mellas mientras le producía un inmenso dolor... gritó... se desmayó...

□□

Cuando despertó, marasmo general, arcadas en seco y sus manos férreamente agarradas a la bancada. Balanceo infernal en un barco medio inundado rodeado por paredes acuosas intermitentes y bajo nubes plomizas. El horror agrietando los rostros y el patrón gritando desencajado. Tenía hambre, sed, temblores, todo ello unido a las náuseas y ardores de su estado; el cuerpo frío y empapado. ¿Cuántas horas? Fatal imprevisión. Las olas batían al cayuco haciéndolo subir y bajar e inclinarse en sus brazos. Alguno, no pudiendo soportar más el pánico, se puso de pie siendo inmediatamente abatido y tragado por el abismo espumoso. Un murmullo de rezo primitivo sincopaba el aullido del viento. Era oración fúnebre: ya se daban por muertos.

Un fuerte golpe de mar, crujido de maderas astillándose, marionetas con hilos cortados cayendo a plomo sobre las revueltas aguas. Gritos, chapoteo impotente, confusión y bramidos de un océano hostil. Ella sintió el dolor en su cadera al golpear los escollos y después una extraña relajación de sus piernas.

Cuando el temporal amainó, y por fin se adueñó de sus sentidos, advirtió a su alrededor una extraña calma. Apenas un pequeño balanceo del resto de cuaderna mal pintada a la que se agarraba en abrazo de hierro. Exhausta y con medio cuerpo insensible, sólo en su cabeza parecía reinar algo de vida. Sentía una sed terrible, sabía que no debía hacerlo, pero bebió el agua salada; no le importaba precipitar el fin.

... sabía nadar, sí. Aprendió sola cuando junto a los demás niños y niñas de la aldea, desnudos, se bañaban en la poza donde remansaba sus aguas aquel arroyo fangoso al que día a día acudían para llenar sus cacharros. Allí donde la sonrisa franca de los inocentes en sus juegos se imponía a la miseria; allí donde hambre y cólera recortaban la vida, donde por calles enlodadas se paseaba la desesperanza entre casas de arcilla y donde se trabajaban las tierras como hace 3000 años; allí donde una mujer no tenía derechos, sólo obligaciones; donde los niños tenían poca escuela y mucho trabajo; allí insalubridad, podredumbre, enfermedad...

□□□□□□□□□□□□□□

¡Ay de esta humanidad

que no llega a humana
por causa de su piel,
de su tierra o de su raza!

¿Dónde están los dioses?

□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□

Eternidad de tiempo muerto. Bañada por una luz que palidecía aún levantó los ojos hacia el crepúsculo y pudo ver el rielar fulgurante del agua marcando un camino al horizonte. ¡Paradójica belleza! Con las últimas fuerzas, desanudó sus brazos, acarició su vientre abultado y se dejó hundir en las negras aguas.

Un Atlántico impasible ahogó un triste pasado y frustró el futuro esperanzador de otros dos seres humanos.

Ni en África, ni en Europa... doblarán las campanas.

□□

PMG